

LA FILOSOFIA EN LA ERA DE LA TECNICA

EUGENIO PUCCIARELLI

PROBLEMAS FILOSÓFICOS Y SITUACIONES HISTÓRICAS

NACIDO EN LA PLATA. Graduóse de médico en la Universidad de Bs. Aires y de doctor en filosofía en la de La Plata, en cuya Facultad de Humanidades dictó introducción a la filosofía. Fue discípulo y amigo de Alejandro Korn y Francisco Romero, figuras señeras de la filosofía a las que ha dedicado diversos estudios. Fue decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán y profesor contratado en la Universidad Central de Venezuela y de Puerto Rico. En la actualidad es director del Instituto de filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Dirige "Cuadernos de Filosofía", editados por dicha Facultad. Ha dictado conferencias en todas las universidades del país; en las alemanas de Maguncia y Heidelberg; en las de México, Bogotá y Guatemala. Su producción bibliográfica —libros, artículos— es muy rica. Ha consagrado estudios a Herder, Kant, Hegel, etcétera.

SUELE repetirse, y en algunos casos con no disimulada complacencia, que los problemas de la filosofía son eternos. No hay inconveniente en dejar vacante el significado de la prestigiosa palabra eternidad, que para unos designa una especie de tiempo que progresa imperturbable sin detenerse jamás, y para otros evoca la existencia de un mundo mágico adonde pugnarían por refugiarse todas las cosas que por naturaleza están condenadas a ser caducas. Sea como fuere, al calificar de eternos los problemas de la filosofía se pone énfasis en su constante reiteración a lo largo de la historia, aspirando a mostrar que no se trata de cuestiones baladíes, de vigencia efímera, fruto de una curiosidad indiscreta que se complace en agravar las dificultades que salen al encuentro de los hombres en todos los terrenos. Más bien se quiere señalar que se trata de asuntos que afectan a la humanidad y que, por lo tanto, resultan inseparables de la naturaleza de cada individuo y, de paso, ayudan a entenderlo en lo que tiene de profundo y permanente. Es propio del hombre filosofar.

es decir, inquirir por su ser y su destino, interrogar por la realidad, el saber y la acción. Y será tanto más hombre cuanto con más decisión y energía se enfrente con este haz de preguntas inaplazables y se esfuerce por encontrar respuestas que satisfagan su irreprimible afán de saber.

Estos interrogantes surgen en todos los tiempos, pero no siempre irrumpen de la misma manera, ni en el mismo orden, ni el medio y el momento proporcionan el contexto metaproblemático que ayuda, si no a resolverlos, por lo menos a entenderlos cabalmente y penetrar en su sentido más recóndito. Distinta es la situación del hombre colocado en aquella etapa histórica en que no se había desprendido aún de la naturaleza, que vivía en equilibrio con un medio que si a veces se tornaba hostil por lo común era acogedor, y la de este otro, contemporáneo nuestro, que desenvuelve sus actividades en un mundo completamente transformado por obra de técnicas muy avanzadas y donde la vida exhibe la inequívoca figura de lo artificial. Aquí ha dejado de hacerse oír la voz espontánea de la naturaleza, para no resonar más que la estridencia de los instrumentos forjados para emanciparse de ella. ¿No se ha señalado, repetidas veces y con profusión de ejemplos, la influencia que el paisaje ejerce sobre el espíritu? Sin caer en las exageraciones del positivismo que pretendía explicar toda obra humana apelando a la concurrencia de tres factores —la raza, el medio y el momento—, bastaría recordar las consideraciones de Hegel a propósito de los tipos de mentalidad según que el hombre viva en la altiplanicie, el valle o el litoral. Cada paisaje impone, por así decirlo, un repertorio de actividades en función de los medios que proporciona y de las resistencias que suscita. No es imposible que la mentalidad acabe por dejarse condicionar por esas diferencias.

El prodigioso desarrollo alcanzado por la técnica, fundada sobre la ciencia moderna, ¿no ha transformado por completo el mundo en que se desenvuelve la vida humana? ¿No ha penetrado, acaso, en los pliegues más recónditos de los organismos vivientes, modificando también su comportamiento biológico? ¿Qué proyecciones sobre la mentalidad de los hombres es dable esperar de los cambios sobrevenidos en el mundo de hoy? De transformaciones tan radicales ¿será posible desprender consecuencias que afectan a la filosofía?

Sería ingenuo suponer que los problemas filosóficos, por ser eternos, están sustraídos al tiempo y giran en una órbita ajena a los cambios de las situaciones históricas. Con sólo recordar que la filosofía es 'hija de su tiempo' y que, en tal carácter, se constituye como la 'conciencia de la época', se habrá mostrado su íntima conexión con la historia. Es

cierto que también se ha insistido en señalar que el filósofo pertenece a un tipo humano caracterizado por la capacidad para desentenderse del contorno más inmediato y de los requerimientos utilitarios, que condicionan la visión, por lo demás muy estrecha, de la mayoría de los hombres. Igualmente su vocación por la totalidad y su afán de expresarla en términos intelectuales lo aparta del común de los hombres que se satisface con una visión fragmentaria de las cosas. Pero este doble apartamiento no lo arroja fuera de la historia ni lo exime del compromiso de interesarse también por los cambios sobrevenidos y que a veces lo afectan hasta el extremo de cercenar sus libertades e impedir el desarrollo normal de sus investigaciones, cuando no de pagar con la vida el precio de la independencia de su doctrina, como en los casos de Sócrates o de Bruno.

La eternidad de los problemas no evita que estos se planteen siempre dentro de una situación histórica determinada y por obra de una personalidad que, en sus aspectos moral e intelectual, difiere de otras. En todos los tiempos, como respondiendo a las imposiciones de una ley inexorable, la filosofía ha estado animada por el alma del hombre que la profesaba. No otra cosa se empeñaba en sostener Fichte al insistir en el hecho de la "filosofía que se profesa depende de la clase de hombre que se es". Más allá de las fórmulas verbales con que se expresa, todo sistema de ideas está montado sobre un eje personal. ¿Acaso reaccionan de la misma manera, no sólo frente a la apreciación de los hechos, sino frente a su mero tomarlos en cuenta, el conservador y el revolucionario? Uno, apegado al pasado y a su estilo de vida y pensamiento, se aferra a formas ya vividas y pensadas, y se empeña en afirmar su vigencia en todo momento del tiempo, en tanto que el otro, más sensible a la crítica y ávido quizá de novedad, se vuelve hacia el porvenir y se empeña en abrir nuevas rutas a la vida y al pensamiento. No es extraño que, frente a la irrupción de la técnica con todo su cortejo de consecuencias, el primero mire con nostalgia hacia el pasado, maldiga lo nuevo y sueñe con resurrecciones imposibles, y el otro, sin cerrarse al presente, se esfuerce por arbitrar los medios para asimilar la novedad y convertirla en instrumento de liberación.

LA IRRUPCIÓN DE LA TÉCNICA Y SUS CONSECUENCIAS

El fenómeno de la técnica, que sólo mereció tímidas alusiones en la mayoría de las obras de los pensadores de otros tiempos, no podía

pasar inadvertido en el nuestro. La razón no ha de buscarse sólo en el hecho de que las reflexiones sobre la cultura se hayan repetido con frecuencia e incitado a incluir nuevos dominios de objetos, al lado de los ya tradicionales del lenguaje, el arte, la ciencia, la religión, el derecho. Más bien ha de buscarse en la extensión del fenómeno de la técnica, que ha impregnado todos los sectores de nuestra civilización, sin excluir al hombre mismo, la transformación que ha operado en el mundo y su considerable incidencia sobre la mentalidad de los hombres. Esto explica que las miradas se vuelvan hacia la técnica desde todos los sectores del pensamiento de hoy: vitalismo, fenomenología, existencialismo, marxismo, etc. Ilustran este aserto los nombres de Bergson, Simmel, Spengler, Ortega y Gasset, Marcel, Jaspers, Scheler, Heidegger, Spranger, Horkheimer, Marcuse, Schischkoff y Romano Guardini, entre otros.¹

No siempre la técnica ha mostrado el mismo rostro a lo largo de la historia de la humanidad. Quien se disponga a registrar sus formas e intente señalar los períodos de su evolución no podrá desatender sus vínculos con el hombre y, sobre todo, su función en la vida del individuo y las variaciones de la atención que se ha prestado al fenómeno. Así lo ha hecho con ejemplar claridad Ortega y Gasset² al distinguir la técnica del azar, la técnica del artesano y la técnica del técnico. En la primera el hombre no se da cuenta que entre sus capacidades figura la de plegar a sus deseos la naturaleza, modificando el curso espontáneo de sus procesos con el auxilio de instrumentos que prolongan las funciones de los órganos de su cuerpo, hecho que está al alcance de cualquiera de los individuos que componen un grupo humano. No ocurre lo mismo con la segunda, que consiste en el ejercicio de una serie peculiar de actividades por ciertos hombres —herrero, albañil, zapatero, etc.—, que poseen un adiestramiento especial e instrumentos también especializados. Pero sólo en la última el hombre produce, no ya instrumentos que extienden, perfeccionan o especializan sus capacidades naturales, sino máquinas que actúan por sí mismas, cada vez con mayor autonomía, y

¹ De la bibliografía general sobre la técnica, ya copiosa y en constante aumento, destaco sólo los textos que han sido expresamente consultados al redactar estas páginas: MANFRED SCHRÜDER: *Philosophie der Technik* (München & Berlin, Oldenburg, 1934). LOUIS COUFFIGNAL: *Les machines à penser* (París, Ed. de Minuit, 1952). PIERRE DE LATIL: *La pensée artificielle* (París, Gallimard, 1953). G. BERGER y otros: *Politique et technique* (París, P.U.F., 1958). GEORGE FRIEDMANN: *Sept Etudes sur l'homme et la technique* (París, Ed. Gonthier, 1966). DONALD BRINKMANN: *El hombre y la técnica* (Buenos Aires, Ed. Galatea — Nueva Visión, 1955). GILBERT SIMONDON: *Du mode d'existence des objets techniques* (París, Aubier, 1958). KOSTA AXELOS: *Marx, penseur de la technique* (París, Ed. de Minuit, 1961).

² ORTEGA Y GASSET: *Meditación de la técnica*, en *Obras completas*, 3ª ed. (Madrid, Revista de Occidente, 1955), tomo V, p.p. 319-375.

producen objetos. En este estadio surge una nueva conciencia de la técnica: por primera vez el hombre aparece colocado en una situación distinta desde que advierte que sus posibilidades ya no tienen límites. De las etapas en que la técnica se circunscribía a la manipulación y a la maniobra, con auxilio de instrumentos artificiales, se ha pasado a la etapa de la fabricación de instrumentos por medio de otros instrumentos. A poco que se analice se descubre detrás de todo ello que cada una de las técnicas especializadas que el hombre ha inventado, no es más que la concreción de la forma general técnica de la vida humana.

La técnica es un método que abre ilimitadas posibilidades materiales al hombre de nuestros días, pero, por desgracia, es en sí misma una forma hueca, incapaz de determinar el contenido de la vida. De ahí resulta que los años en que en la historia prevalece la técnica son también los más vacíos. Al invadir nuestra existencia la técnica ha creado un mundo distinto de la naturaleza y ha alterado de tal manera la condición del hombre, que éste ha acabado por supeditarse a sus exigencias convirtiéndose en un apéndice de la máquina que él mismo ha contribuido a inventar. La técnica encierra, pues, tremendos peligros.

GABRIEL MARCEL Y LA IMPUGNACIÓN DE LA TECNOCRACIA

Es pueril abominar de la técnica en nombre de la vida espontánea o de la posibilidad de un ilusorio regreso a una edad de oro, hundida ya en el pasado. La técnica impregna los aspectos más vitales de nuestra civilización, hasta el punto que se identifica con ella y nos arrastra en su incontenible movimiento. El menosprecio que algunos sienten por la técnica proviene de la confusión que consiste en formular juicios de apreciación, en este caso negativos, sobre las consecuencias de sus efectos, sin advertir que se juzga al instrumento olvidando la mano que lo empuña. Dejándose deslizar por esta pendiente y partiendo del contraste entre los adelantos técnicos, en más de un sentido portentosos, y el estancamiento y aun el retroceso espiritual de nuestro tiempo, se acaba por atribuir al éxito de la técnica la claudicación moral que afecta a amplios sectores de la vida contemporánea. El sofisma oculto en este modo de razonar salta a la vista cuando se analizan con rigor los factores en juego. En sí misma, la técnica es moralmente neutra: está 'más allá del bien y del mal'. ¿Cómo pretender que sea responsable de los abusos que se cometen en nombre de fines que le son extraños?

La técnica es hija de la razón y constituye la expresión más alta de su capacidad para entender las cosas desde el punto de vista de su posible utilización y dominio. Al introducir el orden de un procedimiento regular en los esfuerzos espontáneos del hombre, no siempre coordinados con eficacia, y al multiplicar la fuerza de su brazo, la técnica ayuda a vencer las resistencias de la materia. Si a eso se agrega la seguridad de un progresivo perfeccionamiento de los instrumentos técnicos, las ventajas que proporciona resultan incalculables. Desprenderse de ella equivaldría a retroceder a la prehistoria. ¿Qué contemporáneo nuestro se arriesgaría a intentar semejante proeza? Sólo una catástrofe mundial, cuya posibilidad no está por desgracia excluida, podría privar a la humanidad de este ingente medio de liberación.

Pero sería mezquino apreciar a la técnica sólo por las ventajas materiales que proporciona. Adelantándose a este juicio, Gabriel Marcel³ subraya el valor positivo de la técnica, que, trascendiendo el provecho que brinda su auxilio, es también fuente de una alegría sana y noble porque fortalece la conciencia de un poderío sobre el mundo material, realidad subalterna, que, al ser dominada por el hombre, puede subordinarse a los fines del espíritu. Y, al lado de esta influencia moral, ¿cómo negar el rigor que la técnica inculca al espíritu, cuando traza de antemano y con extrema precisión los caminos que conducen al éxito en la acción, los más breves y de acceso directo y seguro? Contemplada desde este ángulo, la técnica influye saludablemente sobre el hombre al estimular el arraigo de virtudes morales, que nunca pueden ser indiferentes y que al transformarse en hábitos condicionan el resto de la conducta.

Todo enriquecimiento comporta también su parte de riesgo: una civilización nacida bajo el signo de la técnica y dominada hasta en sus menores detalles por preocupaciones de esta índole, ¿no terminará por canalizar la mentalidad de los hombres en el sentido que ella prescribe y tornarlos ciegos para otros aspectos de la realidad y aun de la propia vida personal? Un hombre consagrado en forma absorbente al ejercicio de la función técnica ¿no corre el peligro de olvidar todo aquello que la consideración estrictamente técnica invita a desechar? Los hábitos mentales adquiridos en contacto con las funciones técnicas ¿no incitarán a aplicar a los hombres los procedimientos que resultan eficaces en el

³ GABRIEL MARCEL: *Etre et avoir* (París, Aubier, 1938), p.p. 270-278; *Homo viator* (Id., 1945), p.p. 157-159; *Le mystere de l'etre* (Id., 1951), I, p.p. 160-162; *Les hommes contre l'humain* (París, La Colombe, 1951), p.p. 46-47, 63-64.

ámbito de las cosas? La mentalidad tecnocrática no podía dejar de despertar las críticas de Marcel.

Al transformarse, por obra de la incidencia de la técnica, las relaciones del hombre con el mundo, la vida y la sociedad, surgieron factores que han configurado un nuevo tipo de mentalidad, llamada tecnocrática y cada día más difundida. A ella suelen imputarse algunas de las limitaciones que conspiran contra la formación armónica de la personalidad del hombre de nuestro tiempo. Llama la atención, en primer término, la aceleración de los ritmos vitales que impone nuevos comportamientos y, correlativamente, modos inéditos de apreciar la realidad y juzgar el valor de la cultura y la inserción del individuo en el cuerpo social. La prisa parece ser la consigna de la época: toda actividad ha de desarrollarse velozmente, porque el individuo se ve requerido por un número tan crecido de tareas que no podrá cumplir con otro ritmo. No sólo el trabajo, también el estudio y el goce participan de igual aceleración. Ya no es posible detenerse duraderamente ante ningún objeto, ni prolongar una emoción delicada, que pronto será sustituida por otra tal vez más enérgica. El individuo, presa de agitación febril, convertida en segunda naturaleza, resbala por la superficie de la realidad, en el curso de una existencia trepidante, ansioso por alcanzar lo antes posible una meta en la que tampoco habrá de detenerse. Hay un culto de la velocidad por la velocidad misma, como si el medio que facilita el acceso a fines más altos se hubiera transformado en fin con olvido de aquello a que estaba subordinado. La actividad intelectual —información, investigación, reflexión—, devorada por la prisa, se degrada en operación mecánica.

Una preocupación utilitaria preside todas las operaciones de la mentalidad tecnocrática: sólo entra en el campo visual lo que puede ser útil, y en la explotación de las riquezas naturales se procura obtener el máximo rendimiento con el menor dispendio de esfuerzo. Esta selección de los objetos del mundo real, inspirada en un criterio unilateralmente pragmático, que desdeña todo lo que no se traduce en resultados aprovechables, ¿no terminará por embotar la sensibilidad artística y anular el sentido de lo religioso?

Donde la técnica goza de la supremacía, el mundo se convierte en una cantera de fuerzas destinadas a ser sometidas a una voluntad de dominio. El instrumento que asegura ese resultado es la máquina, que para la mayoría de la gente inspira un culto casi idolátrico. La vida intelectual

y estética queda supeditada a los estímulos que difunden los medios técnicos —radio, televisión, prensa— organizados por una mentalidad que se rige inconscientemente por intereses económicos, cuando no por mezquinas preocupaciones políticas de grupos que, siempre por la violencia, disfrazada o descarada, se han apoderado del poder o aspiran a conquistarlo. Ya no queda lugar para el examen desapasionado y la persuasión fundada en razones, sino para la propaganda que difunde sus consignas e impone sus productos, y el sofista, con las ventajas que le proporciona la técnica, desplaza sin conmiseración al filósofo.

Rasgos de la mentalidad tecnocrática son el desarraigo y la declinación de la vida interior del individuo. El lazo que antaño unía al hombre con el mundo, a través de la adherencia al terruño, se ha aflojado hasta extenuarse y, en la mayoría de los casos, desaparecer. El contorno inmediato, que antes era objeto de simpatía y de comprensión llena de afecto, se ha tornado indiferente, y el individuo se siente como 'arrojado' en un lugar fortuito en razón del vínculo precario que lo une al medio: la vigorosa expansión industrial de ciertos centros urbanos atrae a los hombres del medio rural y los encierra en ciudades extrañas o los condena a cierto nomadismo. Ya no arraigan duraderamente en el nuevo medio y lo abandonan cuando se modifican las condiciones del trabajo o las ventajas del salario. Todo esto trae el éxodo y, como corolario, el aflojamiento de las relaciones humanas, no sin consecuencias sobre la armonía y la integridad espiritual de los individuos. El mundo ya no es un espectáculo que brinda satisfacciones de índole vital o estética, sino el objeto de una conquista y una dominación, y el nuevo intercambio entre el hombre y las cosas no es de orden vital sino mecánico. De ahí la tristeza del hombre contemporáneo, especialmente en las grandes urbes. De ahí también la necesidad de aturdimiento, de olvido de sí mismo.

KARL JASPERS Y LO DEMONÍACO DE LA TÉCNICA

Atento a todas las vicisitudes de la historia contemporánea, Jaspers ⁴ no podía dejar de considerar las cuestiones de la técnica y, sobre todo, las consecuencias de su irrupción en el mundo moderno, tanto en Occidente como en los países ajenos a esa órbita. La técnica se le aparece co-

⁴ KARL JASPERS: *Origen y meta de la historia*, trad. F. Vela (Madrid, Revista de Occidente, 1950), p.p. 107-136, 137-152; *La fe filosófica ante la revelación*, trad. G. Díaz y Díaz (Madrid, Gredos, 1968), p.p. 53-61, 295-296, 332-334, 471-474.

mo problema a propósito del ser del hombre y en un contexto filosófico en que se contraponen las exigencias de la autoridad y de la libertad. Con el propósito de formular un planteo correcto, Jaspers distingue una técnica originaria, que pertenece al ser del hombre y que era compatible con un mundo cuya autoridad se imponía al individuo, tanto por su pre-existencia como por su perduración, y, por otra parte, la nueva técnica fundada en la ciencia de la naturaleza, que extiende de manera incontenible su influencia sobre cosas y personas, transformando sin cesar el ambiente en que transcurre la vida del hombre y el individuo mismo.

Su análisis parte de la convicción de que autoridad y libertad son inseparables, al menos dentro de la cosmovisión de Occidente y desde hace algo más de dos milenios y medio. La libertad, que está lejos de ser omnipotencia y arbitrariedad, no es posible sino por medio de la autoridad. De esta última espera el hombre la dirección global de su vida, tanto en el orden moral como jurídico, político y religioso. La irrupción de la técnica ha quebrantado esa dirección y la ha sustituido por la organización técnica del trabajo, que al reconocer sólo la obligación del rendimiento, insta una nueva jerarquía social inspirada en los medios de consumo, a la vez que impone la satisfacción hedonista como el tipo de felicidad acorde con el hombre-masa de nuestro tiempo. En la era de la técnica, el hombre no intenta alcanzar su plenitud gracias a la clarificación filosófica que distingue valores, fines, objetivos y medios y se esfuerza por descubrir la jerarquía objetiva de los mismos. Esto explica el considerable número de individuos desorientados, que abrazan la violencia en un medio social carente de autoridad o que se arrojan en brazos de cualquier forma de superstición pseudocientífica. Una parte, tal vez considerable, del desorden del mundo contemporáneo brota de esta raíz.

Distinta parece presentarse la situación de la técnica según se contemplen sus consecuencias en Occidente o en el resto del mundo. La técnica es el fruto de un desenvolvimiento intelectual que pertenece a la historia de Occidente; ha surgido y crecido en un ámbito donde ha germinado la libertad como concepto ético y político, y a pesar de los transitorios eclipses, no de la idea misma sino de sus realizaciones empíricas, nunca ha renunciado a orientar su conducta por ella. La perspectiva cambia fuera de Occidente, donde los pueblos se han encontrado de golpe con un instrumento que ellos no habían inventado ni podían manejar con destreza, pero que prometía proporcionar poder, prestigio y dominio. Una mentalidad resentida ha estimulado la violencia contra la

civilización occidental, y la técnica, no asimilada sino incorporada bruscamente a la vida de esos pueblos, no ha podido contar con el respaldo de las ideas de libertad, justicia y verdad, que en Occidente prestaban sentido a la acción de los hombres en un mundo social desde antes de la irrupción de la técnica moderna. Este contraste sugiere a Jaspers algunas reflexiones. ¿Será posible la existencia histórica del hombre, que es apertura en todas las direcciones y disposición para la comunicación, en un mundo regido por la violencia y el temor?

La técnica acrecienta el sentimiento del poder, pero al mismo tiempo, en virtud de los instrumentos que pone a disposición de los gobernantes, sin excluir el contralor de todas las actividades privadas, tal como ocurre en los países donde imperan regímenes totalitarios, crea un sentimiento deprimente de impotencia en los gobernados. En todos los terrenos, y el de la técnica no podía ser una excepción, la acción del hombre arrastra consecuencias imprevisibles: sus resultados se independizan de su voluntad y acaban por trabar toda manifestación de libertad. En eso consiste, según Jaspers, el demonio de la técnica. Esto abre algunos interrogantes. ¿Espera a la humanidad una forma de esclavitud controlada racionalmente por la minoría encargada de dirigirla? ¿Quedarán en el hombre energías suficientes para recobrar el ejercicio de una libertad que parece inseparable de la condición humana? Si se piensa que los mismos progresos técnicos han sido realizados por hombres convertidos en ruedas de un engranaje anónimo que funciona independientemente de la voluntad de los individuos, las perspectivas de una respuesta alentadora parecen no estar a la vista.

HEIDEGGER Y LA TÉCNICA COMO OCULTACIÓN DEL SER.

Hay otra manera de considerar las cuestiones de la técnica. No es forzoso colocarse siempre en la posición de quienes se limitan a deplorar su acción negativa, fundados en el desarreglo que ha introducido en la vida espontánea de los hombres. Pero sería también apresurada la consideración de la técnica, que al apoyarse sobre un aspecto muy visible pero parcial del fenómeno, la encarase como resultado de la actividad práctica del hombre y como medio para la consecución de ciertos fines, el primero de los cuales es la multiplicación de su poder material sobre la naturaleza. Es posible examinar las proyecciones de la mentalidad configurada por la técnica y hacerlo, por ejemplo, en el marco más amplio

La filosofía en la era de la técnica

de la historia de la metafísica y, particularmente, en conexión con las distintas interpretaciones del ser. Esto no impide apreciar sus aportaciones positivas ni obliga a renunciar a sus beneficios.

Tal es, en el fondo, lo que ha intentado sugerir Heidegger,⁵ para quien la técnica en su esencia se le presenta como la expresión más acabada de la voluntad de dominio. Las reservas de Heidegger radican, sobre todo, en las consecuencias teóricas que la esencia de la técnica impone al hombre, empezando por el oscurecimiento del ser que es posible imputarle.

La vinculación de la técnica con la metafísica moderna, que parece haber alcanzado su culminación en la era atómica, resalta en el hecho de que los filósofos se han propuesto ofrecer una representación de la realidad en términos de una visión técnica de la misma. En ella el ente ha quedado reducido a objeto y éste resulta dominable intelectualmente por un sujeto que se le contrapone y que, además de conocerlo, se reserva el derecho de transformarlo a su arbitrio.

La técnica moderna, en efecto, provoca a la naturaleza para que entregue sus energías latentes. Fácil le resulta al hombre apoderarse de ellas, transformarlas y almacenarlas a fin de utilizarlas en su propio provecho cuando lo reclamen las necesidades de la vida social. En la medida en que alcanza éxito en esta empresa se siente estimulado a creer que ha sorprendido el secreto más hondo de la naturaleza y, aparte de tenerlo a su disposición, considera que el ser íntegro se agota en esta posesión. La técnica, fundada en una interpretación de la realidad, no sólo corrobora la imagen que ella misma anticipaba, sino que tiende a presentarla como la única idónea y, por lo tanto, verdadera sin apelación.

Si, por una parte, la técnica constituye una provocación a la realidad, por otra también tiene, según opinión de Heidegger, cierta capacidad reveladora: en la pantalla de la técnica la realidad se muestra como algo que está a disposición del hombre y de que éste puede echar mano en cualquier momento. La realidad se presenta como material disponible, mercadería en depósito, dócil al reclamo de posibles consumidores. Pero, de rebote, el hombre mismo, que pasaba por ser agente de la técnica, no sólo por haberla descubierto sino también por usufructuar sus ventajas,

⁵ MARTIN HEIDEGGER: "La pregunta por la técnica" en *Revista de Filosofía* (Santiago de Chile, 1958), V, 1, p.p. 55-79; *La época de la imagen del mundo*, trad. A. Wagner de Reyna (Santiago, Univ. de Chile, 1958).

resulta también concebible como materia prima —mano o cerebro— que puede explotarse en términos parecidos a los de cualquier otro hecho del mundo natural. Por eso, la imagen de la realidad que la técnica invita a formar aprisiona también al hombre, que en adelante no podrá dejar de compartir sus rasgos. ¿No hay en todo esto una deformación, no sólo de la realidad, que resulta empobrecida y despojada de parte de lo que tiene de propio, sino también del hombre mismo, rebajado al nivel de mercadería disponible para usos ajenos?

No cuesta mucho esfuerzo desprender la conclusión de que el poder efectivo que el hombre logra sobre las cosas, gracias al concurso de la técnica, no le asegura el descubrimiento de lo que la realidad es en sí misma. Heidegger, por otra parte, está persuadido —aunque esta sospecha no puede apoyarse en ninguna demostración objetiva y caiga más bien en el dominio de las interpretaciones personales— que la manera de concebir lo real desde el ángulo que impone la técnica no es obra espontánea del hombre. Por el contrario: el hombre está constreñido a ver la realidad desde ese ángulo, lo que no impide que, a pesar de la palpable unilateralidad de esa visión, a través de la técnica se nos revele de alguna manera el ser, aunque solo desde el punto de vista de la calculabilidad. Lejos de ser un accidente, esto es un destino histórico. La técnica constituye nada menos que un momento inevitable en la historia del ser, y las imágenes del mundo y del hombre, impuestas por ella, pertenecen a esa historia.

La queja de que la técnica ha desarraigado al hombre, le ha arrebatado el suelo en que tradicionalmente apoyaba sus pies y lo ha dejado indefenso en un nuevo mundo inhóspito, se escucha también en Heidegger. Pero, en contraste con los que proponen como meta la resurrección del viejo y amable paisaje en que transcurriría la vida espontánea del hombre, Heidegger sugiere la necesidad de encontrar un nuevo suelo que no perturbe el equilibrio del hombre consigo mismo y con el mundo. Porque sería ingenuo suponer que la técnica ha atrapado definitivamente al hombre y que, a pesar de sus peligros, el mayor de los cuales es su limitación, no podrá ser superada. Una experiencia más originaria de la naturaleza y de la historia y, a tono con ambas, del hombre mismo, rompería el cerco estrecho de la visión técnica y abriría horizontes más amplios: el acceso al ser estaría asegurado a pesar de la larga etapa del olvido. Si la técnica es un destino y, como tal, histórico, no podrá eludir la mudanza que afecta a todo lo que participa de la historicidad. De ahí que el peligro esté también grávido de superación. ¿Qué camino habrá que

seguir? Tal vez se imponga abandonar el camino del pensar técnico, trazado de antemano y para siempre en una sola dirección, e internarse por las sendas del pensar poético que se abren en múltiples direcciones. ¿Se logrará por este medio recobrar la serenidad y conservar el sentido del misterio que encierran las cosas?

MAX HORKHEIMER Y LA CRÍTICA DE LA RAZÓN INSTRUMENTAL.

Durante siglos se vivió en la creencia de que la razón tenía una naturaleza, estructura, funciones y campos de aplicación determinados para siempre. Hoy no es un secreto que la razón ostenta una pluralidad de formas, que no siempre tienen igual estructura, y cuyas funciones y campos de aplicación se conciben de maneras distintas y, a veces, excluyentes. No es imposible que la razón varíe con las situaciones históricas que le toca vivir al hombre. En la era de la técnica no parece inoportuno interesarse por esas cuestiones y, al mismo tiempo, preguntar por la eficacia de la razón y las consecuencias de su incidencia en la conducta teórica y práctica de los hombres.

Max Horkheimer⁶ ha acometido parte de esa tarea. Y para ello ha empezado por inquirir qué idea de razón sirve de base al mundo de la técnica y, al mismo tiempo, no ha podido reprimir la pregunta por el destino de la filosofía en la sociedad industrial de nuestra época.

El análisis le ha llevado a distinguir una razón subjetiva, entendida como una capacidad propia del intelecto de cada individuo, en virtud de la cual éste examina medios y fines y calcula las posibilidades de alcanzar el éxito en su conducta teórica y práctica. A ella contrapone una razón objetiva, concebida como una fuerza inmanente a la conciencia individual y al mundo objetivo, apta para aprehender los principios que permiten entender la realidad y obrar con objetividad en el orden de la conducta. Señala la derrota de la segunda y el dominio indiscutido de la primera. A ello ha de agregarse lo que parece ser una característica de la razón subjetiva en la sociedad industrial de hoy: la pérdida de la capacidad de aprehender lo objetivo y, en casos más atenuados, la lucha contra la objetividad entendida como ilusión. Para esta razón, todas las

⁶ MAX HORKHEIMER: *Crítica de la razón instrumental*, trad. H. A. Murena y D. J. Vogelmann (Buenos Aires, Sur, 1969); *Sobre el concepto del hombre y otros ensayos*, trad. id. (Id., 1970), p.p. 185-205.

nociones fundamentales, vaciadas de contenido, se reducen a envolturas formales, con las consecuencias que es dable sospechar: en el orden teórico, la imposibilidad de alcanzar verdades universalmente válidas, y en el orden práctico, la subjetividad inevitable de toda decisión moral o política, y desde que las normas que presiden la acción no son deseables por sí mismas, tampoco puede haber decisiones objetivas.

En el ámbito de esta nueva razón, que implica una ruptura y un olvido de las tradiciones, se identifican conocimiento y ciencia, con lo que quedan proscritas todas las formas del saber que no encajan estrictamente en los cuadros elaborados con ayuda de métodos científicos. Los valores —bien, belleza, verdad—, a su vez, se reducen a hechos de experiencia. Lo espiritual se cosifica al interpretarlo en términos de mercancía cultural destinada a un consumo, que, en última instancia, solo procura sensaciones casuales ajenas a nuestras intenciones estéticas o morales. No hay verdades intuitivas; la convención reemplaza a la objetividad, de la misma manera que el arte se disocia de la verdad, la religión y la política siguen iguales caminos. Los grandes conceptos generales —igualdad, justicia, felicidad, tolerancia—, que siempre han inspirado los comportamientos y actos personales de los hombres, se independizan de sus orígenes mitológicos o metafísicos, quedan despojados de todo contenido objetivo, para insertarse en un contexto groseramente pragmático, donde se conservan si todavía prestan alguna utilidad.

Incapaz de elevarse a verdades objetivas, universalmente válidas, la razón se resigna a servir cualquier aspiración particular, desde el momento en que se limita a ser un instrumento de coordinación de medios y fines, con vistas a un cálculo cuya aplicación práctica se estima como eficaz. Con esta resignación quedan selladas, al mismo tiempo, la impotencia teórica de la razón y su inoperancia práctica.

Estas conclusiones no invitan a irritarse contra la subestimación de la razón, sino a considerar su función, por lo demás bien menguada, en la crisis cultural de la sociedad tecnocrática. Y en este contexto, ¿qué destino cabe todavía a la filosofía? Max Horkheimer está persuadido de que la conciencia filosófica de los antagonismos de la actual sociedad industrial puede contribuir a atenuar sus efectos e, incluso, a modificar el rumbo de la historia próxima. Pero no debe esperarse que la filosofía asuma el papel de una terapéutica adecuada para extirpar de raíz la enfermedad. Señalar los peligros, advirtiendo el sentido negativo de la marcha del proceso, e incitar a redespertar la confianza en la autonomía

La filosofía en la era de la técnica

de la persona humana, acaso pueda contribuir a proteger a la cultura y con ello a la filosofía misma de las amenazas de su envilecimiento y de su muerte. Será menester para ello evitar la mutilación de la experiencia, sumergirse en aquellos estratos que han sido olvidados, eludir el empobrecimiento y la desintegración de las ideas fundamentales mediante la recuperación del vínculo con sus orígenes. Y, por encima de todo, es misión de la filosofía fomentar la crítica, empezando por aplicarla a sí misma, sin ceder a las seducciones del activismo político, ya que la auto-crítica de la razón es el mejor homenaje que la razón puede prestarse a sí misma.

HERBERT MARCUSE Y LA BELIGERANCIA DE LA TÉCNICA.

Al proponerse desentrañar los rasgos de la ideología de la sociedad industrial avanzada, Herbert Marcuse ha formulado observaciones y críticas sobre la mentalidad tecnocrática, que constituyen el aspecto más promisor y de mayor resonancia de su investigación.⁷

Lo primero que denuncia es el contraste entre el alto nivel técnico alcanzado por la sociedad contemporánea y los peligros que amenazan su porvenir histórico. El haber extendido el dominio del hombre sobre la naturaleza y haber logrado constituir, sobre una inmensa extensión geográfica, una sociedad opulenta en bienes y de alto nivel de vida, no preserva a ésta de estar permanentemente a merced de elementos de destrucción, que hace fabricar en gran escala para su propia defensa, pero que conspiran contra su futura estabilidad. Tan irracional comportamiento se pone aún más de relieve cuando se advierten las contradicciones que minan por dentro la organización: el dominio de la sociedad sobre el individuo, asegurado cada vez mejor por los recursos de la tecnología, ha creado formas de poder que sojuzgan al hombre que debieran liberar. La técnica crea formas de servidumbre más insoportables que aquellas que se proponía abolir. Si a ello se agrega que la paz se mantiene en medio de la constante amenaza de la guerra, que los alardes técnicos no han logrado suprimir el fantasma de la lucha por la existencia, y que la producción de bienes compromete el desarrollo espontáneo de las necesi-

⁷ HERBERT MARCUSE: *El hombre unidimensional*, trad. J. García Ponce (México, Ed. J. MORTIZ, 1968); *Cultura y sociedad*, trad. E. Bulygin y E. Garzón Valdés (Buenos Aires, Sur, 1968), p.p. 7-13, 15-44.

dades y capacidades del hombre, se caerá en la cuenta de que, al menos hasta ahora, la técnica, lejos de haber resuelto o mitigado los conflictos, ha arrojado al hombre en medio de nuevas dificultades y problemas.

La sociedad requiere un cambio, y acaso ella misma albergue en su seno las condiciones que lo hacen posible, pero tropieza con antagonismos que pueden romper el equilibrio y malograr las perspectivas de vida del futuro. El conjunto de técnicas, cuya misión era aliviar la miseria y reducir el esfuerzo, aboliendo tensiones inútiles, ha revelado no ser una suma inocente de instrumentos ajenos a su efectos sociales y políticos, sino un sistema que, al determinar rígidamente los fines y los medios, borra también las diferencias entre las necesidades de la sociedad y del individuo, lo mismo que las fronteras entre la existencia pública y la privada. Propio de la técnica es instituir tipos de control y formas de cohesión social de tal manera efectivas que aprisionan al individuo en una red muy tupida y le roban la espontaneidad de su vida personal. ¿Cómo evadirse de ese círculo? ¿Será posible valerse de los recursos de la técnica sin ser atrapado por sus controles?

La técnica ha dejado de ser neutral y no puede desprenderse de los fines que sirve, del empleo que se hace de sus medios. Al extender sus tentáculos sobre todo el planeta y penetrar inclusive en la vida de los países menos beneficiados por sus recursos, se ha tornado general, y el sistema de dominación que constituye sojuzga, sin que se lo advierta muchas veces, a todos sus miembros. Y no sólo utiliza al hombre, sino que lo transforma, lo mismo que a las instituciones en que se organiza la vida de la comunidad; señala el repertorio de posibilidades y hasta predetermina elecciones que ya carecen de espontaneidad. En la sociedad tecnológica confluyen cultura, economía y política y se organizan en un sistema que excluye toda libertad. Al devenir razón política lo que era razón tecnológica configura la mentalidad de todos los miembros de la sociedad, de tal manera que afecta igualmente al pensamiento y a la acción. No es extraño que, en estas circunstancias, haya que temer por la mutilación del hombre, por su deshumanización, la privación de su libertad, su condición de instrumento de un aparato impersonal al servicio de finalidades que no siempre es dable señalar de antemano y escoger en forma espontánea.

La pregunta por el sentido de la civilización industrial, el papel del hombre en ella, la sospecha de que la historia es un callejón sin salida, brotan a cada momento en quienes se lanzan a reflexionar sobre el

La filosofía en la era de la técnica

presente y el futuro de la humanidad. Si es halagador para el hombre comprobar que la naturaleza material se ha doblegado bajo la fuerza de su voluntad, resulta, en cambio, deprimente advertir que nuevas y más fuertes ligaduras atan toda su persona a un engranaje cuyo contralor escapa a su inteligencia y a su voluntad. ¿Será posible superar esta situación y devolver al hombre, en este caso a todos los hombres, el ejercicio regular y pleno de su propia libertad? Las experiencias del mundo contemporáneo —el espectáculo de la opresión del hombre por el hombre, la sumisión del individuo a las férreas exigencias de un partido político, la burocracia ciega y cobarde convertida en eje de la administración del Estado— no ofrecen garantías del triunfo de la razón.

A ello ha de agregarse la influencia de la propaganda, la prensa dirigida por el Estado, que se esfuerza en persuadir sobre las bondades de la tecnología, sobre la libertad y felicidad que concede al hombre que ha aceptado su condición de instrumento en un mundo que no deja de serle extraño y ajeno, aunque haya salido de sus manos. Misión de la filosofía es advertir acerca de los peligros, despertar de su letargo a las conciencias, mostrar el embrutecimiento y la inhumanidad, denunciar los nuevos mitos, exorcizar los fantasmas que ha traído la técnica. Pedirle otra cosa sería ignorar los límites de su ejercicio y las posibilidades de su acción efectiva.

GEORGI SCHISCHKOFF Y LA MASIFICACIÓN DIRIGIDA.

La técnica no es ajena a la plasmación de la inteligencia y el carácter del hombre de nuestro tiempo, —aseveración válida tanto en los regímenes totalitarios como en las democracias occidentales, aunque las consignas utilizadas en cada latitud sean diferentes. Se trata siempre de imponer un tipo de conducta que los individuos difícilmente adoptarían de manera espontánea. La técnica pone a disposición de los dirigentes en los distintos campos los medios adecuados para lograr una uniformidad de comportamientos fundada en sentimientos afines o en la aceptación de las mismas ideas.

Contrariamente a los que consideran que el fenómeno del hombre-masa obedece a la conjunción de factores como la elevación del nivel de vida, originado por el mejoramiento de las condiciones económicas, y a la conciencia de la igualdad de derechos que la ilustración ha des-

perdido en todos los hombres, Schischkoff⁸ procura demostrar que la masificación no es un fenómeno espontáneo, surgido como consecuencia de condicionamientos naturales propios de la sociabilidad humana. Más bien se le presenta como el fruto de la intromisión de lo racional, hábilmente planificado, en el dominio de la vida psíquica de gran número de individuos. Se trata, pues, del resultado de una manipulación consciente, conducida hacia metas bien definidas y en función de intereses políticos o económicos. Los medios que la técnica moderna pone a disposición de esa tarea —prensa, radio, televisión, anuncios callejeros— facilitan el trabajo de los que se proponen influenciar sobre los individuos para sugerirles ideas o actitudes que no habrían asumido espontáneamente, para imponerles criterios de apreciación en materia intelectual, política, religiosa o económica. Basta pensar en la extraordinaria fuerza de sugestión de ciertas palabras, imágenes o noticias, para advertir hasta qué punto es posible infundir alegría o temor en grandes núcleos humanos, y despertar en ellos reacciones de tipo intelectual, emocional o volitivo.

La tarea resulta facilitada por el hecho de que la mayoría de los hombres vive desarraigada de su mundo natural y busca compensación en la masa, lo que le permite suplir su propia iniciativa con una conducta que le viene impuesta desde afuera. El hombre resulta degradado a factor económico: en el trabajo es productor; el consumo lo obliga a adquirir el producto elaborado por otros. La propaganda, en todos los casos, le invita a experimentar nuevas necesidades y a verse forzado a adquirir lo que no es indispensable para la vida ordinaria.

Lo que más importa, a juicio de Schischkoff, es poner en claro la situación de la filosofía en el ámbito de la masificación dirigida. De amo de su propia vida personal, el hombre contemporáneo ha descendido al papel de marioneta accionada por hilos invisibles desde una maquinaria cuyo control queda sustraído al individuo. Pero más grave aun es la falta de reflexión sobre esta situación, lo que impide sortear sus peligros. Arrojada en medio de hombres con una mentalidad impersonal y sin iniciativa propia, la misma filosofía perderá toda eficacia, ya que su ademán crítico no encontrará respuesta y acabará por extinguirse. Y carente de su ayuda, en especial del estímulo de su crítica, el individuo concreto ignorará sus posibilidades de liberación y quedará irremediablemente sumido en su prisión.

⁸ GEORGI SCHISCHKOFF: *La masificación dirigida*, trad. A. Gómez-Moriana (Madrid, Editora Nacional, 1968).

La filosofía en la era de la técnica

¿Logrará eludir la el intelectual entregado a tareas de crítica, movido por el afán de saber desinteresado, libre de ataduras pragmáticas? El proceso de masificación aumenta: penetra en el hogar, asedia al individuo aislado —y no solo a los grupos concentrados en un mismo lugar y sometidos a constante adoctrinamiento—, se insinúa en su conciencia a través del prestigio de palabras e imágenes, que a la vez que lo informan, lo recrean y lo divierten, y acaba por hacerse igual a los demás. En vano podrán levantar su voz los críticos, los ideólogos, los pesimistas: su acción se estrellará contra una fuerza más poderosa.

Es dudoso el éxito de la filosofía —custodia de los valores espirituales y de la universalidad de su vigencia— en un mundo donde resulta excluida por los mecanismos ordenadores que operan con criterio pragmático. Pero si los filósofos no realizaran el esfuerzo, en este caso titánico, de evitar ser atrapados por el influjo masificador, los pocos elementos intelectuales de contención serían barridos inexorablemente. Misión de la filosofía será despertar el sentido de la libertad y de la responsabilidad interior, realizar un examen crítico implacable de la situación cultural del presente, empujar al individuo concreto para que avanzando por su propio camino logre llegar al encuentro consigo mismo. Sólo la creación de una aristocracia espiritual en medio de los hombres-masa podría oponer alguna valla a la invasión del anonimato en la vida de los hombres. La tarea es tan delicada como difícil.

CONSIDERACIONES FINALES.

En la era de la técnica conciernen a la filosofía tres grupos de problemas.

El primero habrá de consistir en la apertura de su campo temático hacia el horizonte de la técnica: añadir a sus preocupaciones permanentes el examen de este nuevo fenómeno. Esto implica la inquisición relativa a la esencia de la tecnicidad y al estatuto ontológico de sus manifestaciones. En parte lo está ya realizando: al lado de la tesis muy difundida que sostiene que la técnica se reduce a la aplicación de la ciencia natural, la filosofía la ha concebido también como la utilización de medios cualesquiera para alcanzar fines económicos (Spranger), o como un sistema de medios para lograr un objetivo neutro (Simmel) o como expresión del esfuerzo humano que apunta a la conquista del poder (Nietzsche).

che, Spengler, Scheler). Cabe también interpretarla en términos de religiosidad activa como impulso encaminado a la redención de la humanidad (Brinkmann).⁹

El segundo concierne a la propia filosofía y a la lucha por la supervivencia en un mundo en que las condiciones de su ejercicio están en vías de reducirse y se teme por su desaparición. No puede pasarse por alto la situación ambigua creada por la técnica: esperanza y temor, confianza y angustia, fe y desilución que su ingerencia despierta en el alma de los hombres de hoy cuando se lanzan a reflexionar sobre ella y advierten la extraña combinación de satisfacciones que brinda y, a la vez, advierten las amenazas que encierra.

El tercero también atañe a la filosofía y puede encerrarse en una pregunta: ¿Interesa a la filosofía el perfeccionamiento de sus propias técnicas? No puede negarse que el pensamiento se impone a sí mismo sus propias técnicas, traza los caminos que habrá de recorrer, sin perjuicio de modificar su itinerario todas las veces que las exigencias de rigor y de verdad lo recomienden. Ajustar el viejo lenguaje o forjar uno nuevo con el fin de eliminar aporías y pseudo-problemas, evitar sofismas y contradicciones, permitir razonamientos más seguros, son parte de los aspectos técnicos de la filosofía. Es saludable que ello se incremente, a condición de que la preocupación por la técnica propia no termine por expulsar de su seno los problemas filosóficos mismos.

⁹ DONALD BRINKMANN: *El hombre y la técnica*, ya citado, p.p. 91-95, 119, 120-123.